# Mi deseado Desconocido

Olaya Hernandez-Franco

# Capítulo 1

**Mi deseado desconocido**

Dicen que la gente inteligente nunca se aburre, porque siempre consigue algo encantador que despierta su curiosidad y le entretiene, si no aprende algo interesante. Una tarde después de almorzar salí a dar un paseo; me acerqué hasta un salón café donde se reúne gente a conversar, a ver y ser visto, a ligar y a merendar solo o acompañado por otro comensal, tan solo y aburrido como uno. Ubiqué una mesa con vista a la calle, que siempre es una buena opción si no te agrada el ambiente actual del sitio.

Me gusta observar el ir y venir de la gente, sus actitudes, sus expresiones… trato de imaginarme qué hacen, sus vidas y hasta sus estados de ánimo. Observaba sin algún interés particular a un caballero que cruzaba la calle y se dirigía en mi dirección, con expresión curiosa y atenta, como localizando un lugar específico. Presumí que buscaba este café, y vi cuando se detuvo en la puerta y miró a través de los cristales, buscando obviamente a alguien. Nuestras miradas se cruzaron, él dio un ligero respingo y yo sonreí, pues me hizo algo de gracia su sorpresa al verse observado. Entró al café.

Yo no le di más importancia de la que tenía, en realidad. Seguí saboreando mi Vanilla Late y mis minidonuts y mirando la gente pasar, siguiendo con mi entretenimiento de adivinar sus vidas. Un par de minutos después, una hermosa voz de hombre me habla cerca, y volviendo al presente repentinamente volteo hacia el sitio de donde viene el sonido, y me encuentro al caballero confundido de hacía un momento. “Disculpa, ¿puedo sentarme en tu mesa? Está todo ocupado…”, me dijo. Pasé mi mirada por el café y en efecto, todos los sitios estaban ocupados, menos la silla frente a mí. “Seguro, no hay problema”, respondí, mientras hacía espacio en la mesa para cuando su pedido llegara.

“Te vi que me observabas…”, dijo. Lo miré sorprendida: “disculpe, en realidad fue bastante casual; yo miraba el movimiento de la calle, no a usted”. Ladeó un poco la cabeza como dudando de mis palabras, esa actitud de “Ya, claro…” que me molestó de inmediato- “¿Qué le hace pensar que algo de Ud. me interesa…?” “No me recuerdas, Sylvie”. Ahora sí tenía toda mi atención. Lo observé más detenidamente. Sí, no me era totalmente desconocido, pero no lo ubicaba en ningún momento o lugar de mi vida. Él sonrió: “¿Desde cuándo no olvidas tu bolso en una heladería después de tener sexo…?”.

Mi sorpresa no tuvo límites. Sí, ahora lo recordaba: ufff… ¿diez años atrás? Comprendió por mi expresión que ya caía en cuenta quién era. Se rió con simpatía: “vaya, yo creía que era inolvidable”. Todo regresó a mi mente: yo lamiendo mi sorbete, metiéndolo en la boca y sacándolo con

cara de deleite, relamiéndome y mostrando brevemente mi lengua rosada y llena de helado lechoso. Él consumiendo su helado despacio, sincronizando sus movimientos con los míos, mientras la tarde caía y el local se iba vaciando de clientes. Nuestras bocas buscándose, explorando los sabores a fruta de nuestros postres... mientras nuestras manos buscaban en el otro el consuelo tan anhelado. Su mano tocando mi clítoris, mis manos buscando en su pantalón lo abultado y duro que me daría alivio. ¡Aaahh... tenía un pene muy hermoso, brillante y de un color precioso! Recuerdo cuando metí mi dedo y sacando un poco de mis jugos, lo pasé por su boca, cosa que le fascinó.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, me acerqué y me senté justo sobre él, bajando despacio, sintiendo cada centímetro de esa rica dureza debajo de mí. Él mantuvo la mirada, mientras tocaba mis pechos de una manera deliciosa. Sonreímos mirándonos a los ojos, y el tiempo se devolvió. Nos dimos un beso dulce, profundo y lento. Pagó mi consumo y salimos, llenos de azúcar y deseo.-